

STASA ZAJOVIC

# Antigua Yugoslavia y movimiento civil

*En los artículos que siguen, Papeles ofrece dos visiones contrapuestas sobre la solución del conflicto de la ex Yugoslavia y la naturaleza y aplicación de los Acuerdos de Dayton. En el primero de ellos, Stasa Zajovic, pacifista integrante del grupo Mujeres de Negro, se identifica con quienes rechazan la identificación colectiva y el criterio étnico como factores determinantes de la identidad al considerarlos criterios funcionales para quienes fomentan la guerra y rechaza, al mismo tiempo, que alguno de los ejércitos enfrentados en el conflicto defienda los intereses y derechos de las poblaciones. A continuación, Jovan Divjak, general de la Armija, destaca el papel del ejército de Bosnia-Herzegovina en la defensa de su población y sus territorios, y expresa su temor de que la guerra se reavive.*

Stasa Zajovic es miembro de la organización pacifista Mujeres de Negro, con base en Serbia. El artículo recoge su intervención, el 14 de diciembre de 1995, en el plenario del Foro Alternativo celebrado en Madrid.

Las capitales europeas son las anfitrionas de los señores de la guerra de la ex Yugoslavia, a quienes se trata como representantes legítimos de los pueblos yugoslavos. Este papel se les está dando desde el inicio de la guerra, facilitándoles en todo momento la comunicación. Los señores de la guerra han convencido a la comunidad internacional de que nosotros, los distintos habitantes de los Balcanes, no podemos vivir juntos; mientras que ellos sí se pueden reunir y, para que así sea, toda la comunidad internacional les proporciona los medios. De esta forma se está legalizando aún más la tesis de los señores de la guerra, la tesis sobre la imposibilidad de la convivencia.

Nosotros, la población civil y el movimiento civil, no necesitamos reunirnos en bases militares como a ellos tuvieron que encerrarles cuando se les escapaban del control.

¿Qué pasa con nosotros y nosotras, que nadie nos necesita y nadie tiene que encerrarnos y obligarnos a que nos comuniquemos? ¿Podremos, después de los Acuerdos de Dayton, tener esa posibilidad? ¿Podremos hablar libremente por teléfono con Zagreb en Croacia, o con Bosnia? Durante más de 4 años y

*El derecho de autodeterminación de la ex Yugoslavia, en la práctica, se ha reducido al derecho colectivo en contraste con los derechos individuales.*

medio nos han quitado esa posibilidad. ¿Podrán los centenares de miles de familiares de personas que tienen distinto origen étnico reunirse? ¿O después de los Acuerdos de Dayton tendrán que desplazarse hasta una ciudad fronteriza para verse?

Nuestro drama -el de quienes rechazamos la identificación colectiva y el criterio étnico como único punto de nuestra identidad- es que la comunidad internacional, y en este caso la Unión Europea, se creyó y aplicó los mismos criterios que los señores de la guerra. Incluso aceptó esos criterios en términos absolutos y supremos. ¿Cómo es posible que en estos cuatro años y medio la UE no haya reflexionado sobre la necesidad del cambio de los interlocutores o, por lo menos, sobre la necesidad de abrir un espacio a los movimientos sociales, a los movimientos antiguerra, a la voz de la población civil?

### **El derecho a no colaborar con la guerra**

Quiero hablar sobre uno de los grandes errores que cometió la Unión Europea, que nos perjudicó de una forma muy importante. La UE reconoció a los nuevos Estados de la ex Yugoslavia sobre la base de los referéndums que llevaron a cabo las oligarquías militaristas y nacionalistas. Los que vivimos allí sabemos cómo se realizaron estos referéndums, que se ganan no solamente al 100% sino al 110% si es preciso; todos los han ganado así. La Unión Europea conoce estos resultados sobre el derecho de la autodeterminación, y los que vivimos allí sabemos que en ellos sólo se autodeterminaron las cúpulas militaristas y no los ciudadanos. La Unión Europea no pidió como contrapartida el respeto del derecho de las minorías, y no solamente de las minorías étnicas sino también de las minorías ideológicas y otras.

El derecho de autodeterminación de la ex Yugoslavia, en la práctica, se ha reducido al derecho colectivo en contraste con los derechos individuales. Muchas veces, durante la guerra, nos preguntábamos ¿qué pasa con nosotros y nosotras que hemos querido autodeterminarnos frente a la guerra y al ejército que hace la guerra?

Casi medio millón de personas en Serbia que no han querido participar en la guerra, principalmente hombres, han tenido que huir del país. ¿Quién les puede representar a ellos y en qué situación se han podido autodeterminar con respecto a la guerra y al ejército? Y, además ¿qué pasa con los y las que nos hemos quedado? ¿cuándo nos ha reconocido la comunidad internacional el derecho a autodeterminarnos frente al gobierno y al Estado que nos oprime? Me refiero a la posibilidad de hacer nuestra historia de acuerdo con nuestra sensibilidad y opción.

No se conoce el caso de ninguna mujer de la ex Yugoslavia a quien la comunidad internacional haya otorgado el derecho al asilo político, por la comunidad internacional, por ser traidora de su propia etnia. Se puede comparar esta situación con las mujeres de Argelia y con muchas otras. Este problema de la codificación étnica se traduce en la práctica como solidaridad con los regímenes que hacen la guerra y no con los movimientos que están contra ella. De hecho, la Unión Europea y la comunidad internacional también se aliaron con este criterio

étnico. En términos concretos, han colaborado incluso con la limpieza étnica; así se puede ver en el trato dado a los desertores de origen étnico serbio, bien de la misma Serbia o de la zona serbia controlada por los serbo-bosnios, que encuentran enormes dificultades para salir del país porque tienen que hacerlo con pasaporte.

Los hombres en edad de ser sometidos a la conscripción no pueden acceder a él y no pueden abandonar el país en las edades comprendidas entre 17 y 60 años. Si por algún milagro tienen u obtienen ese pasaporte, han de dirigirse a las embajadas occidentales, donde es muy difícil, en la mayoría de los casos, que les den el visado; esto es excepcionalmente válido para los serbios de la zona del Gobierno de Karadzic.

Uno de los errores cometido por toda la comunidad es el no haber visto cómo hay personas que se han opuesto a este régimen y han puesto en peligro la vida escapándose de la guerra y de la movilización forzosa. El régimen de Serbia, a los desertores serbios de la zona serbo-bosnia, nunca les ha otorgado un estatus legal de refugiados y han permanecido todo el tiempo en la clandestinidad.

En cambio, para las personas de origen étnico no serbio ha sido mucho más fácil que se les otorgue el visado y que la ONU les ayude en su condición de refugiados. Ha colaborado en la recopilación de sus documentos el Ministerio del Interior de Serbia, que otorga el pasaporte con mucha facilidad a las personas de otras etnias; éstas llevan documentos de viaje provisionales, documentos sólo en una dirección que les impiden. Muchas personas serbias han querido obtener este pasaporte y no lo han logrado. No les importaba si podían volver o no al país: les interesaba no ir a la guerra. Este es un ejemplo de clara discriminación por parte de la UE.

## **El destino de una ayuda humanitaria selectiva**

Pero también hay discriminación respecto al reparto de la ayuda humanitaria. En esta ha influido no sólo la pertenencia étnica sino también la opción ideológica. Durante estos largos 4 años, la ayuda humanitaria ha servido a muchos regímenes incluso para comprar la paz social y no ha sido una ayuda a la población civil, a los refugiados.

El grupo al que pertenezco, Mujeres de Negro, también ha tenido problemas con las organizaciones humanitarias y con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Los grupos que no cuestionan al régimen ni la política militarista, la política de guerra del país donde están, no tienen este tipo de problemas. En cambio los que sí los cuestionan no tienen posibilidad de acceso a la ayuda humanitaria que da la ONU y las grandes organizaciones humanitarias. Aún más, Mujeres de Negro, en una entrevista con el ACNUR a mediados de octubre, nos dijo que es un riesgo político ayudar a los grupos que tienen una postura clara contra el régimen y unos planteamientos antimilitaristas. En nuestro trabajo en los campos de refugiados también tenemos problemas con el régimen serbio. Esto es una prueba más de la solidaridad y del espíritu de colaboración que tienen entre ellos.

Como continuación de los Acuerdos de París, se va a celebrar la Conferencia

sobre Desarme en Bonn. Mujeres de Negro, que está por el mantenimiento del embargo a las armas, ve esta conferencia como un acto cínico, de burla hacia la población civil y al movimiento de paz de toda la ex Yugoslavia. Por un lado organizan conferencias que calman las conciencias y hablan sobre desmilitarización; por otro, se está a favor de la industria armamentista y venden armamento. El único producto que no ha faltado de los mercados durante toda la guerra han sido las armas. Cuando en Belgrado no había pan para comprar, se podía acceder a todo tipo de bombas y a precios muy bajos.

Cabe preguntarse entonces qué es la Unión Europea, qué es lo que une a sus ciudadanos y ciudadanas, qué los separa. Las mismas cosas que nos separan pueden unirnos y eso depende de los intereses económicos coyunturales. Quizá en algún momento, igual que ahora se habla de la ex Yugoslavia, también dentro de unos años se hable de la ex Unión Europea. El fracaso de los Balcanes no se va a circunscribir a ese área, sino que también va a ser el fracaso del futuro de Europa. Será así si sigue el mismo modo de solucionar los problemas.

Por otra parte, los medios de comunicación europeos están manipulados y se guían por la identificación étnica y colectiva, aunque menos de lo que lo están en la ex Yugoslavia y en los países dictatoriales y antidemocráticos. En esa situación no queda lugar para los oasis de la disidencia, de la sociedad civil. A los serbios se les ha identificado con Milosevic y a los croatas con Tujdman, pero a pocos ciudadanos franceses se les identifica con Chirac, o a los españoles con González. A nosotros, sí; lo más fácil ha sido identificarnos con Milosevic y Tujdman. También los medios de comunicación, influidos por esa política de dicotomía del régimen agresor, bastante cuestionable, han creado en cierto sentido los preparativos psicológicos para la intervención militar.

Quizá lo más interesante para quienes integran el movimiento civil sean las contradicciones que se han dado en el movimiento de paz. Una de las principales y más obvia es el hecho de que en Europa nunca antes se ha dado un movimiento de solidaridad tan amplio y vasto entorno a una guerra, nunca como en el caso de la ex Yugoslavia; se considera que más de 100.000 personas se han movido entorno a esta guerra en forma voluntaria, principalmente llevando ayuda humanitaria. Una ayuda que, en buena parte, se ha reducido a caridad y, en otra, a fortalecer los regímenes locales. Porque esta ayuda debe ser tramitada por las autoridades locales, y las organizaciones internacionales deben guiarse por los criterios de éstas.

Otro tipo de solidaridad, la que han hecho otros movimientos, es la solidaridad recíproca, la asistencia que se hace vinculando lo local y lo global con el objetivo de construir puentes comunes y llevar adelante proyectos en común. En este sentido tengo que subrayar que el trabajo de la red de apoyo a Mujeres de Negro -de la solidaridad recíproca de toda Europa y, en primer lugar, del movimiento autónomo de mujeres y del antimilitarista- ha servido para que los que vivimos allá no solamente hayamos podido realizar proyectos sino también para mantenernos vivos, en términos psicológicos y morales.

Pero nunca un movimiento tan vasto ha tenido un sentimiento de impotencia tan grande. Muchas veces me he preguntado por qué nos hemos sentido tan impotentes. Creo que tanto en la ex Yugoslavia como a nivel europeo, a los paci-

fistas muchas veces nos han ridiculizado, nos han desacreditado; desde mi punto de vista, esta es una estrategia muy deliberada, no solamente para fragmentarnos -porque tampoco tengo la ilusión de que el movimiento de paz es tan compacto- sino para echarnos encima el sentimiento de culpabilidad. Quienes vivimos en Serbia sabemos muy bien cuán dañino es el sentimiento de culpabilidad, porque en los momentos en que predomina ese sentimiento caemos fácilmente en la trampa del sentimiento de impotencia, por una parte, y, por otra, en la de la identificación colectiva o de las identificaciones del Estado. Personalmente, sé que durante el primer año de la guerra, al sentirme culpable por lo que el régimen serbio hacía en la guerra contra la población civil en Croacia, en ocasiones no he querido ver, y me hacía daño, el posicionamiento de apoyo hacia el régimen croata nacionalista de algunas personas que se declaraban pacifistas en Croacia. Ahora sí puedo ver con más serenidad, y con los amigos y amigas de Croacia hemos construido redes de solidaridad y cooperación muy sólidas, pasando por encima de estados, gobiernos y nacionalidades.

Así, creo que el movimiento por la paz europeo también se sintió culpable ante las escenas terribles que nos daban los medios de comunicación. Esto ayudó a militarizar, incluso, la mente de los pacifistas y fomentó que se posicionaran justificadamente en pro o en contra de la intervención militar, y en pro o en contra de los cascos azules, entre otras cosas. Debido a ese sentimiento de culpabilidad muchas veces los pacifistas se han guiado por la identificación colectiva, solidarizándose no siempre con la población civil sino con los que representaban al pueblo víctima y a veces elogiando al ejército que actuaba en nombre de ese pueblo. En esto creo que sí debemos tener una responsabilidad. Ningún ejército o Estado, especialmente los Estados autoritarios o dictatoriales, como son los de los Balcanes, defiendan los intereses de la población civil. Defienden exclusivamente sus propios intereses para mantenerse en el poder. Por mucho que proclamen guerras justas, nosotros y nosotras sabemos cómo han abusado del sufrimiento de la población civil.

## Quedan alternativas

La responsabilidad del movimiento por la paz está en lo siguiente: no es suficiente solidarizarse sólo con las víctimas, tenemos que ayudar a las víctimas a salir de las trampas del victimismo, que es a la vez paternalismo y abuso de su sufrimiento. Creo que tenemos la responsabilidad de ofrecer alternativas y, midiendo nuestras modestas fuerzas, ser conscientes de ello y dar nuestro aporte a la obstrucción del engranaje militarista, ya que no podemos parar la guerra.

Una de las formas de obstruir este engranaje es difundir ideas que se opongan a la lógica de la guerra. Por ejemplo: ¿cómo es posible que el régimen de Milosevic, de Serbia, no permita la asistencia a nuestros encuentros de la Red de solidaridad de mujeres contra la guerra y que, por segundo año consecutivo, no conceda visados a las mujeres del Estado español para asistir a esa reunión? ¿Qué peligro ve en veinte mujeres de este estado que quieren asistir a nuestro encuentro? ¿Por qué bloquea durante tres días los autobuses de las pacifistas italianas que también querían asistir a nuestro encuentro y que, a la vez, llevaban ayuda para los refu-

*La  
responsabili-  
dad del  
movimiento  
por la paz  
está en lo  
siguiente: no  
es suficiente  
solidarizarse  
sólo con las  
víctimas,  
tenemos que  
ayudar a las  
víctimas a  
salir de las  
trampas del  
victimismo.*

giados serbios? No queremos darnos mucha importancia, pero esto lo consideramos también como una obstrucción a ese engranaje. Un Estado que tiene más de 100.000 policías y una cantidad similar de militares ¿qué peligro ve en ese encuentro? Creo que nuestra responsabilidad en este conflicto ha sido la de repudiar en todo momento a ese régimen militarista.

Los voluntarios que van a Bosnia podrían difundir la idea de la objeción de conciencia como un derecho humano elemental, y en toda la ex Yugoslavia.

La amnistía para todos los desertores de la ex Yugoslavia es una premisa fundamental para la paz. Sin ella, ningún gobierno de la ex Yugoslavia puede decir que vuelvan los refugiados.

Tal vez es fácil decir estas cosas, hablar en general sobre alternativas, pero creo que hay algunas sobre las que podemos reflexionar y avanzar juntos. Cuando hablo de la difusión, de la promoción de las ideas diferentes a las voces de la guerra, de las ideas que desmilitaricen las mentes de las personas que llevan cuatro años en la guerra, hablo de apoyar el derecho a la rebelión y a la defensa legítima; la diferencia sólo está en ofrecer otros tipos de defensa. Me refiero en este caso a la defensa popular no-violenta. Inclusive este argumento que expongo está corroborado por la experiencia en los Balcanes: la del Kosovo. Kosovo permanece ocupado por el ejército y la policía serbia (antes por las fuerzas militaristas de la república federal) y gracias a la prudencia política de la etnia albanesa que se ha guiado por el objetivo de preservar la vida de la población civil, está llevando a cabo la resistencia no-violenta de los Balcanes.

Nos interesa que la Unión Europea, en el marco de este "plan Marshall" que está elaborando, establezca algunos criterios más concretos de lo que está ofreciendo. Los criterios que se han definido hasta ahora van a servir para alimentar a los regímenes que están allí y toda la ayuda va a ser tramitada por ellos.

Es interesante también debatir de qué forma los movimientos civiles pueden participar en este tipo de iniciativas. Por ejemplo, la Unión Europea está interesada en apoyar una fundación para la creación de cuerpos no-violentos civiles, cuerpos no-violentos de paz europeos. Interesa saber cómo van a convencer a los regímenes para que dejen a 1.000 objetores de toda Europa, como está previsto, que formen esas tropas no-violentas. Los criterios definidos son muy bellos, pero ninguno de los gobiernos de la Unión Europea está interesado en que las instituciones democráticas, los medios de comunicación independientes, los derechos